



EL BARCO
DE VAPOR

El
FABULOSO

Mundo

de las LETRAS

SIERRA

JORDI

I FABRA

Ilustraciones
DE
Ivan Castro

sm

Primera edición: mayo de 2008

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2000
www.sierraifabra.com

© de las ilustraciones (excepto págs. 59, 60, 66, 67, 72,
73, 139, 141, 143, 146-147, 165, 182-183): Ivan Castro, 2015

© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

AZ



A VIRGILIO no le gustaba leer.

Más aún: Virgilio odiaba leer.

Cierto que la palabra «odiar» es fuerte, espantosa, pero... era la realidad. Lo decía y reconocía él mismo, sin tapujos:

–Odio leer.

Y se quedaba tan campante.

De hecho todo había comenzado un día, mucho antes, cuando apenas salía de párvulo, y su profesora le había dicho:

–Virgilio, vas a leerte este libro.

Él preguntó:

–¿Por qué?

Y la profesora le soltó un grito:

–¡Porque te lo digo yo y se acabó!

Por lo que podía recordar, ese fue el origen, pero desde luego no todo residía en su rebeldía natural. No le gustaba que le dijeran que hiciera las cosas porque sí. Quería que le dieran un motivo lógico. Es cierto que la idea de leer nunca le había cautivado, pero solo le faltó que la maestra le diera aquella orden: cogió manía a los libros. Eran gordos –hasta los más finos le parecían gor-

dos, como si tuviera anorexia en la vista—, estaban llenos de letras, de palabras que no entendía —y como no leía, aún las entendía menos, por supuesto—, y contaban historias que no le interesaban lo más mínimo. Tampoco le interesaban las historias de las películas que veía por la tele, pero al menos en las películas no tenía que imaginarse nada; allí se lo daban todo hecho, y encima se oían tiros y había persecuciones y...

Leer era como estudiar.

Y estudiar había que hacerlo, aunque fuese por necesidad, para aprender, no ser un ignorante, sacarse un diploma para encontrar un trabajo y todas esas cosas. Vale. Pero leer no era ninguna necesidad. Su padre no leía libros. Su madre no leía libros. Y estaban tal cual, ¿no? Trabajaban como locos para sacar la casa adelante como cualquier familia, y ya está.

Cierto que su padre le decía aquello de:

—Estudia, Virgilio, estudia, o serás un burro como yo, que no tuve tus oportunidades. ¡Ah, si pudiera volver atrás y empezar de nuevo!

Virgilio estaba seguro de que eso lo decían todos los mayores. ¿Volver atrás? ¿Empezar de nuevo? ¿Tener que ir a la escuela? ¡Ni locos, seguro!

Ser pequeño era un latazo.

Todo el mundo gritaba, ordenaba, mandaba, y tú ¡a callar y a obedecer!

Si no fuera porque era muy larga y estaba seguro de que no la comprendería, se habría leído la Declaración de Derechos Humanos para enterarse de si lo que le obligaban a hacer era legal o no. Como por ejemplo lo de leer. Semejante tortura mental no podía ser buena.

Y no era el único que pensaba así, por lo cual deducía que tampoco iba desencaminado del todo.

Salvo algunos listillos, en su clase al menos un tercio opinaba lo mismo de forma más o menos velada.

Así que cuando la profesora, la señorita Esperanza, les dijo aquello, se armó la revolución.

—Este trimestre vamos a leer este libro, y después vendrá el autor a hablar con nosotros.

Media docena de chicos y chicas de la clase se emocionaron mucho. Iban a ver a un escritor de carne y hueso. Virgilio creía que todos los escritores estaban muertos, o si no, que eran muy viejos, viejísimos, y tenían ya un pie en el otro barrio. O sea, que se sorprendió por la noticia. Le provocó cierta curiosidad que disimuló. En su mismo caso estaban otra docena de chicos y chicas. Se miraron entre sí sin decir nada. El resto protestó. Habrían protestado igual aunque la maestra les acabase de anunciar cualquier otra cosa, por llevar la contraria e incordiar.

Luego, al salir de clase, hubo comentarios para todos los gustos.

—Será un muermo, seguro.

—Sí, un señor mayor, calvo, barrigón, con un bastón, cara de pocos amigos, y nos soltará el rollo de siempre.

—¡Qué aburrimiento!

María, como era habitual, fue positiva.

—Pero nos saltaremos una clase, ¿no?

Tuvieron que reconocer que eso era cierto.

El libro que tenían que leer era de los «gordos». Y sin dibujos. Un peñazo. A Virgilio le molestó incluso tener que ir a la librería y comprarlo. Estuvo a punto de pro-

ponerle a su compañero del alma, Tomás, que se compararan uno y lo compartieran. Pero la señorita Esperanza, que se las sabía todas, les dijo que quería verlos con sus respectivos libros en la mano. No había escape.

Tenían tres meses para leerlo. Todo el tiempo del mundo.

A los pocos días, la media docena de entusiastas que esperaba la visita del escritor como agua de mayo, ya comentaban y discutían entre sí aspectos de la novela, lo mucho que les había gustado, lo bien que escribía el escritor, lo fascinante de la historia.

Virgilio los contemplaba como si fueran de otro mundo.

Un mes después, el libro seguía sobre su mesa de trabajo, en casa. La profesora les preguntaba a los reticentes y ellos decían que «lo estaban leyendo».

–Pero ¿cómo puede tardarse un mes en leer un libro?

–A una página por día...

La señorita Esperanza se ponía pálida.

–¿Una pa... pa... página por día?

Dos meses después, Virgilio seguía sin tocar el libro. Era de los pocos que aún no lo habían terminado.

Y cada vez más compañeros y compañeras, cuando concluían su lectura, se manifestaban entusiasmados y emocionados con ella.

Le picaba la curiosidad, pero nada más.

Así, sin darse cuenta, comenzó a transcurrir el tercer mes.

El escritor daría su charla una semana después.

Aquella misma noche, acorralado, furioso, lleno de amargura porque tenía cosas más importantes e intere-

santes que hacer, Virgilio cogió la dichosa novela y empezó a leerla.

Una página.

Dos.

Ni siquiera se dio cuenta. A la tercera, ya estaba enganchado.

Algunas palabras no las entendía, pero no perdió el tiempo en buscarlas en el diccionario. Prefería subrayarlas y ya las buscaría después. No podía dejarlo. Era trepidante, divertido, frenético, excitante, y además la historia le pareció fascinante. Muy bien pensada, y aún mejor contada.

Aquel escritor era un genio.

Solitario, seguro. Pero un genio al fin y al cabo.

La excepción que confirmaba la regla, porque el resto, el resto de autores, Virgilio continuaba pensando que eran espantosamente aburridos, como los libros que escribían.

Cuando su madre le vino a buscar para cenar, le dijo que no tenía hambre.

Su madre le puso la mano en la frente al momento, dispuesta a comprobar si tenía fiebre.

Cenó a regañadientes, pero después pasó de ver la tele. Volvió a su habitación para seguir leyendo la novela. En esta oportunidad fue su padre el que le preguntó si pasaba algo, si tan mal iba en los estudios que se portaba bien de pronto para que no le castigaran en junio. Cuando le dijo que estaba leyendo un libro genial, su padre se quedó boquiabierto.

—Este chico... —comentó exhibiendo una sonrisa en dirección a su mujer—. Aún haremos algo con él.

Aquella noche tuvieron que apagarle la luz y quitarle el libro de las manos, porque no dejaba de leer ni un solo segundo. Acababa una página y empezaba la siguiente con avidez. Concluía un capítulo y se zambullía en el inmediato dispuesto a saber cómo proseguía la historia. Se daba cuenta de la agilidad del relato, de lo bien descritos que estaban los personajes, de lo excitante que era la progresión de la trama, y de que los capítulos, al ser muy cortos, incitaban a no parar. ¡Ah, sí, el escritor se las sabía todas, pero era un tipo genial! ¡Genial!

Seguro que tenía todos los premios habidos y por haber, incluido el Nobel.

¿Por qué no hacían películas de novelas como aquella, en lugar de las tonterías que se tragaba a diario por la tele?

Al día siguiente se llevó el libro al cole.

Continuó leyéndolo a la hora del patio.

Y por la noche, en casa, se repitió el numerito del día anterior. Su padre incluso cogió el libro para mirar el título, no fuera a tratarse de algo malo. Se quedó bastante impresionado.

–Pues vaya –suspiró–. Y pensar que solo vale un poco más que dos paquetes de tabaco, que es lo que me fumo al día.

Lo catastrófico fue que, justo antes del último capítulo, le obligaron a apagar la luz. No sirvieron de nada sus protestas. De nada.

Por eso esperó un ratito y, cuando sus padres se hubieron acostado, encendió de nuevo la luz y devoró las últimas cinco páginas de la novela, aquellas en las que todo se resolvía, todo cuadraba, todo encajaba.

Al cerrar el libro, tuvo un extraño sentimiento de pena.
Por haberlo terminado.

Claro que siempre podía volver a leerlo.

Virgilio se tendió en la cama, de nuevo a oscuras, y su mente se llenó de imágenes, recapitulando cada acción, los diálogos, la intensidad de aquella estupenda novela.

Estaba muy excitado.

Pese a lo cual, se durmió inmediatamente.

Sonó que él era el protagonista de la historia.

Los días que transcurrieron entre eso y la llegada del escritor, los vivió con mayor expectación. Quería conocer a la persona que había sido capaz de escribir algo como aquello. Eso sí, para salvaguardar su imagen, no le dijo ni a Tomás que ya había leído la novela. No fuera a pensarse nada raro.

En parte... le molestaba tener que reconocer que el libro era muy bueno.

Aunque por un libro...

El día en que el escritor fue a hablar al colegio, Virgilio se sentó en primera fila.



EL ESCRITOR NO ERA VIEJO, ni estaba calvo, ni tenía barriga, ni ponía cara de que le doliera algo, ni llevaba bastón. Más bien era todo lo contrario: cincuenta años, una abundante melena heredada de sus días jipiosos y roqueros, muy delgado, sonreía y bromeaba a cada momento y vestía de manera informal.

En lugar de sentarse en la silla, detrás de la mesa que le habían preparado para la charla, se sentó encima de la mesa. Destilaba una energía total. Cuando empezó a hablar, su voz sonó como un flagelo. A los cinco minutos, a Virgilio y a sus compañeros ya les dolían las mandíbulas de tanto reírse. A los diez, sin embargo, estaban callados como tumbas, para no perderse un ápice de aquel torrente verbal. Casi ni se dieron cuenta de lo rápidos que empezaron a transcurrir los minutos de aquella hora.

Y decía cosas muy interesantes.

Y las decía con una sonrisa en los labios.

Cuanto más serias, profundas o fuertes, más sonreía.

–Es un tipo legal –susurró a su lado Pedro.

Cierto. Los mayores les vendían tantas motos que a veces encontrar a uno que fuese honesto, auténtico...